

Cómo conquistar a *Leviatán*. Breves observaciones metodológicas

Carlos Balzi

Este trabajo responde al estímulo provocado por la publicación del estudio del profesor José Luis Galimidi titulado *Leviatán conquistador. Reverencia y legitimidad en la filosofía política de Thomas Hobbes*¹. Si bien es posible encontrar en publicaciones periódicas en lengua española trabajos sobre la obra de Thomas Hobbes, existen muy pocos libros dedicados íntegramente a este tema. Esta situación contrasta con la abundante producción que existe en francés, alemán o italiano (por no hablar de los estudios ingleses, lógicamente prevalentes en esta área), razón por la cual resulta bienvenida la aparición de este trabajo del profesor José Luis Galimidi. Nuestro objetivo es exponer sintéticamente la estructura de la obra, y aprovechar la ocasión que ofrece para proponer algunas observaciones metodológicas que consideramos que pueden ser interesantes, por cuanto dan lugar a una confrontación entre modelos de abordaje de la historia del pensamiento.

Estructurado en cuatro extensos capítulos, el autor quiere probar una hipótesis original y arriesgada: que de los dos relatos que Hobbes propone para pensar el origen del Estado —llamados en *Leviathan* “por institución” y “por conquista”—, es el segundo, habitualmente relegado en las interpretaciones clásicas, el que debe pensarse como más adecuado para dar cuenta del margen de irracionalidad que, en deuda sobre la descripción del estado previo a la aparición de la política —“estado de naturaleza”—, Hobbes atribuye a la figura del Estado. Esto lleva al profesor Galimidi, después de haber expuesto los fundamentos de la teoría de la obediencia del filósofo inglés y de haber señalado el margen de creatividad que Hobbes alienta en su epistemología, basada en los roles insustituibles del juicio y de la fantasía (otro asunto poco frecuentado por la crítica), a situar el pensamiento del autor en el contexto macrohistórico de la primera modernidad, sintetizado en

¹ Editado por Homo Sapiens, Rosario, 2004.

la necesidad de obtener para la política la legitimidad que la disolución de las autoridades tradicionales había emplazado como un campo de batalla entre los nuevos actores sociales. Es en este punto donde el trabajo de Galimidi se inscribe decididamente en la línea decisionista inaugurada en la primera mitad del siglo XX por Carl Schmitt, enriquecida posteriormente por autores como Reinhard Koselleck, y enfrentada a la mayoritaria interpretación liberal de la obra del filósofo inglés.

El tercer capítulo es, en palabras del autor, el lugar de la tesis central del libro. A partir de la noción hobbesiana, expuesta en el capítulo I, que establece que todas las características de la institución estatal deben ser deducidas del relato de su generación a partir del estado de naturaleza, Galimidi encuentra que la hipótesis de la generación por conquista, al tiempo que es la única que refleja el modo en que se constituyeron los estados reales, también resulta especialmente pertinente para justificar lo que Galimidi llama “la apertura hacia la trascendencia” de la fundamentación hobbesiana del Estado. Esta segunda opción, entonces, daría cuenta mejor de aquellas facetas de la naturaleza humana que, como la religiosidad, la violencia o el temor, son connaturales a la propia existencia del hombre y, por lo tanto, permanecerán incluso en los casos de máxima civilidad. La hipótesis del origen consensual y pacífico del poder político, al destacar por encima de todo la conveniencia racional, instrumental de ceder el propio poder para crear el *Leviathan* que nos proteja, no hace justicia al resto de las facultades humanas: el Estado al que daría lugar dependería por entero de la evaluación medios-fines que los individuos harían diariamente sobre la conveniencia de mantener semejante superestructura sobre sí mismos, mientras que, siempre según Galimidi, Hobbes habría buscado que el Estado recibiera al menos parte de la energía sacralizadora de la que estaban investidos antes de la modernidad instituciones como el papado. La veneración irracional debería combinarse, en esta lectura, con el cálculo estratégico para crear un sustento sólido de obediencia, sin el cual el poder del Estado no es más que palabras vacías.

En el último capítulo, Galimidi analiza el *Behemoth*, la versión hobbesiana de la historia de la Guerra Civil Inglesa, a la luz del modelo teórico del *Leviathan* y centrándose en su valor doctrinal, con el fin de poner a prueba

su hipótesis de la importancia de la figura de la conquista en el origen del hecho político. Este apartado resulta especialmente interesante por dos motivos. Por un parte, porque considera atentamente el valor teórico del *Behe-moth*, una obra muchas veces considerada circunstancial, y por otro lado, y como consecuencia, porque esta obra parece poner en duda la credibilidad de la hipótesis de lectura que Galimidi utiliza para entender el *Leviathan*. Durante el transcurso de la guerra civil inglesa, hubo momentos, particularmente cuando a Oliver Cromwell se le ofreció el título de monarca, vacante tras la decapitación de Carlos I, en que el éxito de la rebelión parecía absoluto y por lo tanto, según la teoría del *Leviathan*, existía un nuevo poder soberano capaz de proteger y al cual, por lo tanto, se debía obediencia incondicional. Pero Hobbes insiste a lo largo de la obra en adjetivar de ilegítima la titularidad ostentada por Cromwell y en llamar al hijo del difunto monarca, el futuro Carlos II, “legítimo soberano inglés”, aun cuando había perdido prácticamente toda capacidad de protección, la cual era, recordemos, el fundamento de la obediencia según el “Repaso y conclusión” del *Leviathan*. Tratándose el ascenso de Cromwell de un caso aparentemente ideal para ilustrar la hipótesis del origen bélico del poder, al cual Galimidi le concede tanto peso, la negativa hobbesiana a aceptar las consecuencias aparentes de su teoría parecía viciar la hipótesis de Galimidi. La solución propuesta por éste, elegante y discutible, consiste en recurrir a la categoría de *prelegitimidad* acuñada por Guglielmo Ferrero para describir la situación que se da cuando un nuevo soberano acaba de conquistar el poder, pero aun no ha sido capaz de obtener la obediencia absoluta de sus súbditos. Esto es lo que, según Galimidi, Hobbes pensaba que había sucedido en el transcurso de la guerra: ninguno de los ocasionales ocupantes del trono, ni siquiera Cromwell, había llegado a estar realmente sobre todos, o sea que no había llegado a ser un verdadero soberano. No está claro que Hobbes sostuviera esta opinión, pero en cualquier caso resulta un recurso hermenéutico interesante.

Quizás sea interesante acotar que si bien la obra, a partir de su subtítulo, se presenta como un estudio general de la filosofía política de Hobbes, se despliega, en cambio, como una interpretación del *Leviathan* que acude ocasionalmente al resto de la obra hobbesiana para probar afirmaciones sobre el texto magno. Como ejemplo, puede verse la disquisición que Galimidi hace

en las páginas 43 y 44 sobre el sentido de la metáfora del *Leviathan* como Dios mortal y la correlativa descripción de la actividad científica como *imitatio dei*. Para Galimidi, estas reflexiones son válidas más allá del texto sobre el que ocasionalmente trabaja y deben utilizarse para leer el resto de la obra. Sin embargo, estas particulares metáforas hobbesianas sólo aparecen en este sitio. Y este rasgo del estudio, si no me equivoco, refleja una convicción metodológica que Galimidi explicita en un par de fragmentos. En uno de ellos, contenido dentro de la contextualización macroepocal del segundo capítulo, puede leerse:

*sin perjuicio de las ventajas que pueda aportar la perspectiva que acen-
túa el momento de legitimación en la hermenéutica de un determinado pen-
sador; las reglas del juego de la filosofía política como género de estudio
exigen que, en algún momento, se acepte el postulado de que es valioso e
indispensable la lectura que transcurre en el segundo de los niveles mencio-
nados, en el cual se considera que son Platón, Tomás, o Rousseau, o Hegel
los que tienen algo para enseñar acerca de la relación que existe entre la
naturaleza de la conciencia y la de los fenómenos políticos –es decir, acer-
ca de la legitimidad política-, en tanto presentan intuiciones y conceptos que
apuntan al núcleo de la matriz metafísica de sus respectivas épocas, los cua-
les no son totalmente explicables como mero reflejo de sus contextos, ni
reducibles a las pertenencias sociales, religiosas o de género que identifican
biográficamente al filósofo (p. 76).*

Y también, unas páginas más adelante:

*En otras palabras, por más genuino que pueda ser el interés hermenéu-
tico por completar la inteligibilidad de un texto remitiéndola a las presiones
que sobre él ejercen las exigencias contextuales, no creemos que resulte
especialmente conducente reducir tal interés a un intento de explicación
quasi mecánico, como si todo lo que Bach tuviera para decir sobre el barro-
co fuera el mero reflejo de lo que aprendió de sus maestros y de lo que escu-
chaba de sus colegas (p. 95)*

Planteada en estos términos, resulta complicado objetar la perspectiva metodológica de Galimidi, pues eso parecería comprometernos con la posición que él critica, que sin duda pocos estarían dispuestos a asumir. Pero, desde luego, el problema no es tanto uno de fórmulas, como el de encontrar la manera más fructífera de responder a los interrogantes que uno se plantea cuando comienza una investigación. En este sentido, podemos decir que, si bien el objetivo de la historia de la filosofía política puede ser, tal como quiere Galimidi, escuchar y transmitir lo que los grandes pensadores del pasado (y, agregaríamos, también los más oscuros y olvidados) tuvieron para decir sobre la convivencia humana, las opciones hermenéuticas se juegan en un paso previo, cuando queremos determinar qué fue lo que realmente dijeron estos personajes. Una obra filosófica consiste en un conjunto de libros, artículos y cartas, esto es, palabras. Pero también, entre otras cosas, de silencios: si bien la precisión es una voluntad constante en toda filosofía, ninguna obra pretendió haber sido exhaustiva, haber dicho absolutamente todo lo que concierne a su tema. La investigación, idealmente, no debería prescindir de ninguna de estas variables para comprender un pensamiento del pasado. Debería preguntarse, por ejemplo, de qué modo volver elocuentes esos silencios que asoman detrás de las palabras, cómo explicitar los criterios de selección de lo que va a ser dicho y lo que será callado. El objetivo, en suma, sería intentar acercarse lo más posible a la perspectiva del propio autor cuando compuso su obra. Para hacerlo, la historia de las ideas tiene a su disposición una serie de herramientas que allanan el camino, por definición interminable pero también inevitable, que nos lleva hacia la intención del escritor. En este sentido quisiera señalar dos rasgos curiosos del estudio del profesor Galimidi.

Por una parte, que siendo un estudio minuciosamente documentado, haya prescindido por completo del auxilio de la correspondencia del filósofo inglés, así como del testimonio de sus contemporáneos. Si bien el volumen de la correspondencia hobbesiana que ha llegado hasta el presente no es notable si se lo compara con el de sus contemporáneos, es, en compensación, sumamente rica en información sobre los intereses y preocupaciones que animaron la vida del autor en los períodos de composición de algunas de sus obras más importantes: como muestra, el intercambio polémico con

Descartes, los detalles de la edición del *De cive*, las primeras noticias de su lectura de Galileo, etc. Pero, sobre todo, las cartas permiten un acceso privilegiado a la persona que vive detrás de los textos y cuyas *manners*, visibles allí, constituyen una valiosa introducción a su obra.

Por otra parte, no se comprende muy bien por qué Galimidi ha centrado todo su estudio en el *Léviathan*, presentándolo como un retrato de la filosofía política de Hobbes sin más. Porque si bien es cierto que hoy consideramos, quizá justamente, que este libro es su obra maestra, no está en absoluto claro que el propio filósofo lo haya pensado así, sino que, por el contrario, hay razones para sostener que Hobbes consideraba al *De cive* como su contribución más importante a la filosofía civil. Pero no se trata, en cualquier caso, de optar por uno u otro discurso de cualquier filósofo, sino de exponer las razones que movieron a realizar esa elección y de informar sobre los vínculos que mantiene con el resto de su producción. De otro modo, es inevitable correr el riesgo de hipostasiar un momento en la vida de un escritor y congelar en él la imagen que se forma de su pensamiento. Esto no sería tan grave si no fuera porque los momentos, al carecer de densidad y de extensión, son refractarios a cualquier criterio de evaluación que no sea el de la propia coherencia lógica. Y las leyes de la deducción, si bien delimitan en buena medida el campo de lo que resulta ilegítimo afirmar sobre un pensamiento particular, dejan un margen para la especulación que no pocas veces resulta excesivo.

No intento sugerir que sea este el caso del libro de Galimidi, que evidencia un trabajo sólido y serio por fundamentar cada una de las tesis, algunas bastante polémicas, que propone. Pero, quizá justamente por la solidez del resultado que Galimidi obtiene al aplicar estas ideas metodológicas que hemos intentado iluminar y discutir, que brinda una buena ocasión para oponer estilos de historiar la filosofía, uno sincrónico que tiende a acentuar la importancia del momento textual y otro que dedica mayor atención al contexto biográfico del autor.

Por supuesto, estos dos modelos no son más que simplificaciones expositivas, que en la práctica real de la investigación tienden a contaminarse dando lugar a innumerables tipos intermedios. De esta manera, estas líneas no pretenden de ningún modo ser una crítica sustantiva, y ni siquiera meto-

dológica, del estudio del profesor Galimidi. Por suerte la riqueza y complejidad de las obras de los clásicos, y la de Thomas Hobbes sin duda merece ser considerada así, termina desbordando siempre las discusiones eruditas de los metodólogos. Parafraseando a Hamlet, hay muchos más interrogantes en las obras de los grandes pensadores del pasado de los que nuestras pobres discusiones pueden responder. Por eso siempre habrá lugar para todas las perspectivas.